muerte. Los ponentes invitados (conferenciantes y artistas) tienen amplio manejo del tema desde sus estudios y acercamientos, históricos, arquitectónicos, funerales, sicológicos, artísticos, plásticos, literarios, sociológicos, entre otros. Estos facilitaron el logro de la meta del Coloquio de ofrecer un acercamiento humanístico al fenómeno de la muerte en Puerto Rico, como parte de la realidad humana.

Directora de entidad organizadora

María Ángela López Vilella, gestora cultural, curadora, administradora

Directora de Proyecto FPH-36-2016

Doris E. Lugo Ramírez, profesora y editora, autora del texto *Ante el espejo de la muerte* y gestora del proyecto

Comité organizador

Mario Alegre Barrios, periodista, editor, profesor y comunicador

Frances Figarella García, educadora y experta en logística; y Agente Fiscal

Carlos Roberto Gómez Beras, poeta, editor, profesor y director de la Editorial Isla Negra

Ángel Antonio Ruiz Laboy, poeta, escritor, editor; director, al momento del Coloquio, de la Oficina de publicaciones del Instituto de Cultura Puertorriqueña

Osvaldo Santiago Arocho, galerista, gestor cultural y dueño de Proyecto Local en Río Piedras, San Juan, Puerto Rico

Beatriz Santiago Ibarra, profesora, escritora, gestora cultural y crítica de arte

Ante el espejo de la muerte, Conferencia inaugural

Doris E. Lugo Ramírez

Comparto el microcuento *El gesto de la muerte* (1923) de Jean Cocteau que hace apenas unas semanas me recordó el colega Dr. Rogelio Escudero, conocedor y apasionado por el tema que nos ocupa hoy:

> Un joven jardinero persa dice a su príncipe:
> —¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana.
> Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.
> El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:
> —Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?
> —No fue un gesto de amenaza -le responde- sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán.

Enfrentemos el temor, llegamos a Ispahán. Estamos *Ante el espejo de la muerte: 1er Coloquio sobre la muerte, el morir y los muertos en Puerto Rico*. Este Coloquio se inspira en la investigación de igual nombre que trabajamos para el grado doctoral, en busca de indagar ¿qué decían los signos, motivos y figuras de la estatuaria[1] funeraria de nuestras tumbas?, y ¿si estos elementos dialogan o no con las pinturas puertorriqueñas relativas a la muerte?[2] Ambos, textos visuales o cuerpos comunicativos seleccionados, de inicio de siglo XX y mediados siglo XXI, nos permitirían aproximarnos a

la iconografía[3] funeraria puertorriqueña, y al discurso y los valores sobre la muerte. Esta investigación fue el modo de "adelantarnos" al encuentro en Ispahán o el modo de "exorcizar los miedos", porque como dice Jorge Luis Borges: "Antes del Alba soñé un sueño que me dejó abrumad[a] y que trat[é] de ordenar" (*Sueño soñado en Edimburgo*, 1985).

Las causales hay que saber reconocerlas y aprovecharlas, por eso, después de publicada la investigación por la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña e Isla Negra Editores, convoqué a unos amigos, cómplices de faenas académicas y culturales e implicados en el tema para abrir este espacio de discusión. ¡Todos respondieron afirmativamente! Es por esta razón que desde el 28 de octubre de 2017, investigadores y hacedores del arte, y hoy 29 de octubre, investigadores de la antropología, la historia, el periodismo, la literatura "escrita y cantada" y la sicología desde la psicosonía y la tanatología, exponen sus búsquedas y hallazgos sobre: *la muerte* –ese acto ineludible (natural, autoinducida o violenta; física o simbólica) aún en proceso de definirse–; *el morir* –ese proceso del que somos facilitadores, testigos y dolientes–; y *los muertos* –los otros y las otras que se fueron o nos los arrebataron. Entonces: ¿Quiénes son nuestros muertos o muertas? ¿Qué tipo de muerte nos los arrebata? ¿Qué instituciones o ideologías agonizan en nuestro país? ¿Cómo enfrentamos la muerte? ¿La enfrentamos o la esquivamos? ¿Qué dice el proceso de muerte y duelo de la sociedad puertorriqueña? Como estas, son diversas las preguntas que motivan este encuentro.

Cada disciplina o voz (faltan aún mucha voces aquí) que participa de este Coloquio constituye una ventana para mirar el tema, pero sobre todo un inicio para dialogar con otras disciplinas o perspectivas, porque la muerte lo arropa todo, nos acompaña siempre y es parte inherente a la vida, porque a los otros y a nosotros se nos: "Agotará[n] la cifra de los latidos que [nos] han sido fijados..." (Borges, 1985).

Este *1er Coloquio sobre la muerte... en Puerto Rico* se logra, como todo en la vida, por razones dulces y amargas. Primero, por el respeto y la confianza mutua en la calidad de los trabajos

intelectuales y artísticos de cada uno de los colaboradores y los ponentes en este evento. Segundo, por el apoyo del Museo de las Américas, como entidad organizadora y su directora María Ángela López Vilella; de la Fundación Puertorriqueña de las Humanidades y su Director Ejecutivo Dr. César Rey Hernández con su donativo correspondiente al Mes de las Humanidades; de las sedes del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, y su Rector Miguel Rodríguez López; y de la Librería del Instituto de Cultura Puertorriqueña, con su custodio el Sr. Ángel Antonio Ruiz Laboy, Director de la Editorial del ICP. Y tercero –la razón amarga–, por el momento de duelo por el que pasa, quizás sin saberlo, nuestro país[4] que nos obliga a invitar a "[despojar] a la muerte de su extrañeza... [porque] practicar la muerte es practicar la libertad. Quien ha aprendido a morir ha desaprendido a ser un esclavo" (Montaigne).

Este Coloquio tiene cinco objetivos:

1. dar a conocer las investigaciones, creaciones, descubrimientos, métodos y prácticas relativas a la muerte y al morir que promueven una visión integradora y humanista del tema de la muerte en Puerto Rico.
2. discutir las estructuras y axiologías sociales manifiestas en las ponencias y exposiciones artísticas.
3. reunir y crear redes de interés y nuevas aproximaciones al tema que en el futuro cercano nos permitan llevar el Coloquio a otros municipios con cementerios históricos en PR (Ponce, Mayagüez y Humacao).
4. percibir los intereses y necesidades ante el tema de la muerte en Puerto Rico.
5. exponer al público participante (docentes, estudiantes, profesionales y de interés general) a un acercamiento natural, ético y creativo ante el tema.

A partir del programa diverso e interdisciplinario que nos convoca, cito una nota personal del pintor Elizam Escobar, que muy

generosamente compartió conmigo, sobre su pintura *Baquiné de Eros*, 1981, y que recoge las posibilidades simbólicas del estudio de la experiencia de la muerte y de las de este Coloquio:

> La mesa se parece a la cama. La cama al ataúd. El ataúd a la caja de un violín. O del contrabajo. El estuche de un violonchello. O de una embarcación. En el baquiné, la mesa y el ataúd son sinónimos. El principio y el fin. La resurrección de la carne y la masticación de esta.

Reitero, la mesa está puesta, las posibilidades las encontrará usted.

La muerte, La Parca, La gran Señora, "La yegua blanca" con la que nos "amenazaba" mi abuelo, o la Catrina, para nuestros hermanos mexicanos, es un irremediable fenómeno que ha impulsado al ser humano, durante siglos, a enfrentarlo a través de ritos, representaciones artística o religiosas; la investigación desde diversidad de disciplinas, incluyendo la científica. En esta acción, el ser humano intenta comprender y expresar lo que implica esta experiencia tan irónicamente "vital", pero tan desconocida a la vez.

En esta conferencia pretendo compartir los hallazgos más sobresalientes de la aproximación a la iconografía funeraria en Puerto Rico que realicé a través del análisis de tumbas seleccionadas de cuatro cementerios del siglo XIX y XX: el cementerio María Magdalena de Pazzi, fundado en el 1814 al norte de la Isla, en San Juan; el Cementerio Civil de Ponce, fundado en el 1901 al sur; el Cementerio Histórico de Humacao, fundado en el 1901, al este de Puerto Rico; y, en Mayagüez, al oeste de Puerto Rico, estudiamos el Cementerio Antiguo fundado en el 1850. Esto sin dejar de mirar como referencia, el Panteón Nacional fundado en el 1840 y el Cementerio Católico San Vicente de Paúl ambos en Ponce, Puerto Rico; y de 17 pinturas puertorriqueñas relativas a la muerte.

Las pinturas seleccionadas fueron: *La Muralla del Cementerio* (óleo,1951) de Rafael Tufiño, *El Entierro* (óleo, 1953) de Samuel Sánchez Herrera, *La muerte de la Plena* (óleo, 1954) de Epifanio Irizarry, *El Entierrito* (óleo, 1958) de Antonio Maldonado, *La Madre Patria* (óleo sobre masonite, 1959) de Carlos Raquel Rivera, *El Velorio* (óleo sobre lienzo, 1960) de Jorge Rechany, *Pordiosero*

de la muerte (óleo sobre lienzo, 1965) de Roberto Alberti Torres, *La muerte de Inés* (óleo, 1965) de Francisco Rodón, *El Baquiné* (óleo sobre masonite, 1970) de Andrés Bueso, *Entierro Arqueológico* (acrílico, 1985), *Este y el otro mundo* (óleo sobre papel, 1987) y *Transmigración de ánimas* (acrílico, 1987) de Luis Hernández Cruz, *La vida, el amor, la muerte* (óleo, 1986-87) de Alfonso Arana, *Baquiné de Eros* (óleo, 1991) de Elizam Escobar, de Susana Herrero, la pintura *Ascención: He cumplido* (acrílico, 2003), de Nick Quijano, *Todo el mundo lo quería* (2005) y el óleo de Osiris Delgado, *Entierro de Papo Perla* (1999). Todos, textos pictóricos de finales del siglo XIX a inicio del siglo XXI.

Más de una vez se me ha cuestionado ¿por qué hacer una investigación sobre los cementerios y la muerte? Igual, siempre respondo: ¿Y por qué no hacerla? Una razón, difícil de eludir, podría ser el hecho de que vivimos en un país muy violento o mejor dicho: "vivimos en un país con una cantidad preocupante de muertes violentas". Distanciémonos o no de esa realidad, el hecho es que las muertes más comunes son las de jóvenes que no llegan a 30 años. Solo este pasado fin de semana murieron de manera violenta 14 de ellos.[5] Este dato con seguridad incita a pensar a cualquier interlocutor. Entonces, de inmediato los convido a visitar los cementerios para que puedan corroborar cómo la disposición de sus tumbas, el tipo de estatuarias e iconografías utilizadas son un texto-espejo de las convenciones sociales, culturales, estéticas, históricas y económicas de los vivos. En este espacio corroboramos que las tensiones, las relaciones, las prácticas y las pretensiones propias de la vida son motivos de las representación iconográfica de nuestras tumbas y algunas se repiten, como un espejo, en la representación pictórica del tema funerario.

La razón más contundente para escoger como objeto de estudio el cementerio es que, este espacio y su estatuaria, al igual que otros productos artísticos, puede LEERSE, sí, leerse. Esa imagen, figura o motivo junto a su localización, materiales y hechura constituyen una "metáfora material" (Peter Burke) que nos invita a descifrarla para construir identificar los "sustratos" (Erwin Panosfky) que nos

permitirán construir el texto de una actitud individual o colectiva con respecto a la muerte:

> [...] el cementerio ha existido prácticamente siempre. Hasta el final del siglo XVIII, el cementerio estaba situado en el corazón mismo de la ciudad. Allí existía toda una jerarquía de sepulturas posibles.... es preciso quizá prestarle mucha más atención a este despojo mortal, que es finalmente la única huella de nuestra existencia...
> (Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte, 494)*

A pesar del estado de algunos de nuestros cementerios y la dificultad para identificar documentos relacionados con las tumbas y su estatuaria, pudimos establecer una relación: iconografía-individuo-sociedad-significado que pretenderemos sintetizar en esta ponencia.

Después de un riguroso proceso extenso de visitar, observar, seleccionar, clasificar, comparar podemos decir que la estatuaria funeraria en estos cuatro cementerios históricos de Puerto Rico comparte elementos y tendencias de la tradición del arte funerario occidental y aporta para una aproximación a la "historia del arte" fragmentada que inició el español José María Álvarez Cervela en sus estudios sobre la arquitectura de los cementerios en Ponce (1985).

Nuestros cementerios del siglo XIX son producto de las ordenanzas de la metrópolis española y están organizados bajo la mentalidad del hombre europeo renacentista que llega a nuestras tierras americanas en el período de conquista. Para esta mentalidad europea –que tan diáfanamente expone el demógrafo e historiador francés Philippe Ariès– la muerte cobra connotación de juicio: la gloria o el infierno; idea que se impone a la visión del hombre natural americano, prehispánico que consideraba la muerte como germen de vida, proceso; dinámica de un regreso circular que hacía imposible e innecesaria la idea de aferrarse a esta.

La estatuaria funeraria de este período decimonónico, en los cementerios estudiados, representa en su iconografía una pretensión de inmortalidad social. Esta estatuaria trasmite la gloria terrenal del individuo, rehusando así el anonimato y el olvido de la muerte. La

iconografía identificada, alguna de rasgos egipcios o grecolatinos, tiene como propósito representar al fallecido como un individuo socialmente influyente para la memoria de los suyos y de la sociedad que abandona. La estatuaria funeraria puertorriqueña de esta época se muestra directamente influida por los antecedentes europeos, mediatizados principalmente por la tendencia neoclásica que impondrá en las tumbas los motivos paganos como connotativos de los valores cívicos o la "vita práctica" del individuo muerto.

La formas predominantes son por tanto: el *sarcófago*, el *obelisco*, los *elementos escultóricos* como el *retrato* al relieve, los *bustos*, las *columnas* exentas como los motivos iconográficos funerarios que lo distinguirán socialmente. Esta iconografía es trabajada principalmente en mármol y parece lejana a los motivos tradicionales religiosos cristianos y se utiliza mayormente en tumbas de individuos "profesionales" o en tumbas de familias pudientes.

Incluso, en las tumbas de este período, el *motivo floral*, usado desde tiempos inmemorables parece puntualizar esa influencia que llamamos profana. El mundo griego y romano exigía la existencia de jardines funerarios en el camposanto y la *rosa* era la protagonista en las ofrendas. Los cementerios estudiados carecían y carecen de jardines naturales, no obstante nuestro jardín es representado en la piedra. La flores parecen crecer al relieve desde la fría piedra del mármol. Se distinguen los motivos de la *hiedra*, la *palma,* el *girasol,* la *hoja de acanto,* los *tallos,* entre otros elementos orgánicos, connotando lo femenino, el alma, la eternidad, etc., pero al igual que en los cementerios grecolatinos, la *rosa* domina como la flor principal en la iconografía de nuestra tumbas. Esta se expone sola, en conjunto o como *guirnalda* u ofrenda a los pies de una tumba, en las manos de una figura o como ornamento de la cruz. En términos generales, la rosa será símbolo de la perfección y del logro absoluto. La predominancia del motivo iconográfico de la rosa en nuestros cementerios marca la herencia clásica en el Caribe en una connotación tan ambigua que va desde lo profano (Eros, la mujer amada, la pasión terrenal), en períodos posteriores

representar lo místico al relacionarla, por el dogma católico, con la Virgen María.

La acogida de los motivos y formas profanas; la abundancia de los elementos individualizadores como los *retratos*, el uso de tarjas o los *apellidos* grabados en letras capitales en las tumbas, nos dice mucho sobre la importancia que tenía esta particular iconografía como referencia social en el siglo XIX.

Sarcófago Familia Argüeso, XIX, Cementerio Histórico, Humacao, Puerto Rico.

En este período, la iconografía funeraria desplegada en nuestras tumbas es entonces invitación al colectivo para reunirse después del velorio, del entierro en las pequeñas *plazoletas* con sus particulares mobiliarios o bancos –recordemos la presencia del *mobiliario* en la pintura *El velorio* (1893) de Francisco Oller– para conmemorar al finado; apreciar y cuidar la metáfora material que lo representa para la posteridad.

Detalle, Francisco Oller, *El velorio*, 1893, Museo de Historia, Antropología y Arte de la UPRRP.

En la segunda mitad del siglo XIX y primera veintena del siglo XX, observamos un *sincretismo* mayor en las tumbas estudiadas dada la aparición de la figura del *ángel* con características esencialmente masculinas primero, hasta destacarse luego la representación del ángel con características ginecoides a mediados del siglo XX. Estos, como en la tradición grecolatina y cristiana, son representados en su condición de espíritus *protectores* (postura, espada), *mensajeros* (trompeta, gesto manos), *intercesores* (gestos de oración o entrega de ofrenda al cielo), seres *supraterrenales* (túnicas, transparencia, gestos, elevación) y muchos cumplen con la visión ambigua del *ángel-mujer sensual* siempre con la *ofrenda floral* tan cercana a lo femenino. A pesar de la ambigüedad doctrinal con que se representa esta figura, nos parece, principalmente, una invitación a reflexionar sobre la muerte, lo extraterrenal, el juicio, el adiós, la fugacidad, la resignación y el dolor desde una perspectiva cristiana.

Arcángel San Miguel, panteón Familia Fernández, XX, Cementerio María Magdalena de Pazzi, San Juan, Puerto Rico.

Entre las tumbas de conjuntos escultóricos que incluyen la imagen del ángel con sus atributos particulares, están aquellas que conforman un conjunto al representar el sarcófago, la figura de la cruz, el manto o el exorno floral entre otros elementos y motivos, siendo en nuestra opinión la mejor ilustración de la metáfora póstuma desde un punto de vista cristiano. Estas tumbas construyen

un texto-cuerpo doctrinal religioso que es respaldado por un estrato social pudiente y reconocible por los materiales de alta calidad, manejados en diversidad de tratamientos, las proporciones y su ubicación privilegiada en el cementerio. Tumbas con tal estatuaria piden una lectura, suponen un visitante, un observador o lector adoctrinado o en vías a serlo.

Panteón Familia Balasquide, 1898, Cementerio María Magdalena de Pazzi, San Juan, Puerto Rico.

En este periodo también encontramos una abundante representación de la fi*gura femenina* en sus versiones de *plañideras* permanentes, *orantes*, en actitud de ofrenda, mujer *intercesora*, hasta la imagen de la *Virgen*. Hallazgo que nos pareció importante, ya que hablaba de las relaciones hombre-mujer, ser humano-muerte en las cuales se muestra a la mujer con aspiraciones y posibilidades de conexión con lo sobrenatural desde su maternidad, natural sensualidad y espiritualidad. La estatuaria de la mujer en nuestro entorno funerario alcanza un extraordinario valor testimonial al constituir en una misma iconografía los sentimientos, las creencias, las sensaciones del ser humano en el máximo intento de reconciliación final de este con su naturaleza primigenia, el origen: la mujer. Esta iconografía del "eterno femenino" se repite en la pintura que se analizó con similar carga connotativa.

La mujer en la pintura analizada se representa como enlace esencial en el paso al encuentro con la muerte. La mujer en *El*

entierro de Samuel Sánchez, *Baquiné de Eros* de Elizam Escobar, *Todo el mundo lo quería* de Nick Quijano encarna al otro, es la *acompañante*, la plañidera, el origen. También, en *Ascención: He cumplido* de Susana Herrero es metáfora de *trascendencia* misma, mostrada en una elevación negada a otros cuerpos representados. Se representa el encuentro con la muerte desde una perspectiva personal y solitaria. La muerte es la suprema liberación. La experiencia se plantea consciente, orgánica, vibrante. El cuerpo femenino, al total descubierto y en postura de relajamiento parece elevarse en entrega o transfiguración.

Susana Herrero, *Ascención: He cumplido*, 2003, acrílico, 59 7/8" x 47 7/8", Colección del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Curiosamente, en estos cementerios históricos estudiados, la religiosidad dogmática con sus principales elementos iconográficos de Jesús y María se advierten de manera más discreta en las tumbas del siglo XX. La figura de la Virgen en su advocación de la Virgen del Carmen y la Inmaculada Concepción dominan la muestra. La Virgen del Rosario se observa en escasamente dos representaciones que consideramos misceláneas en el Cementerio María Magdalena de Pazzi en San Juan y en el Antiguo Cementerio de Mayagüez. La Virgen del Carmen figurará principalmente en mármol en el cementerio capitalino, la Inmaculada, en los cementerios de San Vicente de Paúl y el Municipal de Ponce.

Virgen del Carmen, XX, tumba Cementerio María Magdalena de Pazzi, San Juan, Puerto Rico.

Esta iconografía mariana prevaleciente, aunque con sus variantes en los motivos y el material con la que se representa, muestra una relación directa con la tradición pictórica europea a través de la pintura religiosa trabajada por José Campeche desde el siglo XVIII en los conventos sanjuaneros de las órdenes de los Dominicos, Franciscanos y las Monjas Carmelitas, responsables de la evangelización y entonces, mecenas del arte. Nos parece importante recalcar que el uso de esta iconografía mariana corresponde principalmente a tumbas de género femenino,

José Campeche, *Virgen del Carmen* (1861), Colección Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Figura representativa del Sagrado Corazón, XX, Cementerio Municipal, Ponce, Puerto Rico.

denotando una intención de homenaje (a veces acompañado de versos) a la fallecida, más que un motivo devocional.

La variedad de la iconografía de *Jesuscristo*, representada en nuestros cementerios, responde principalmente al catálogo de imágenes bíblicas trasmitidas popularmente y se utiliza de manera indistinta en tumbas de aparente alcurnia o en las pobres; antiguas o modernas. A excepción de pocos casos, la imagen es repetitiva y de hechura comercial. La figura del *Sagrado Corazón* prevalece ante otras imágenes en los cuatro cementerios estudiados en el período de mediados del siglo XX al XXI.

En nuestras tumbas, *la cruz latina* todavía cumple con la remota doble función de ser referencia de un espacio topográfico en el cementerio, cuando las tumbas carecen de lápida, dentro del cementerio o extramuro, además de ser la señal genérica de fe cristiana o la "vita contemplativa". La diversidad de formas, materiales y motivos invitan a un estudio más profundo sobre el origen, la tradición, simbolismos y condición social que pretenden representar cada una de las cruces mostradas, dentro del contexto de cada uno de los cementerios.

En el siglo XX y entrado el siglo XXI, las tumbas de estos cementerios representativos de la iconografía funeraria en Puerto

Rico se distinguen por tener un tratamiento más rústico que no impide cumplir con las pretensiones del fallecido de sobrevivir a la muerte a través de los motivos iconográficos que despliega su sepultura, pero ajenos ya al repertorio neoclásico. La tumba es más práctica en el uso del material (cemento y granito) y muestra, en muchos casos, *motivos iconográficos personales* que hablan, desde el espacio de los muertos, de la profesión, los gustos y placeres del fallecido, nuevamente: la "vita voluptuosa". Esta práctica de vida se representará, en la grabación en la estela, de motivos que representen la *profesión*, los *gustos* por las artes; un motivo zoológico metafórico trabajado a bajo relieve; o en el retrato pétreo de la amada representada de la manera más realista en honor a su individualismo.

Estela a Lucienne Dhotelle de Rexach, panteón Familia Rexach, 1968, Cementerio María Magdalena de Pazzi, San Juan, Puerto Rico.

Juguetes, peluches, pintura en aerosol cumplirán el último capricho de una sociedad que se muestra más práctica, inmediata y espontánea, tanto en las prácticas de los entierros y velatorios como en la iconografía que deja en el cementerio. La pintura analizada y que corresponde al mismo período (Nick Quijano, Osiris Delgado) exponen entonces la muerte desde los *motivos expresivos* y *materiales* que muestran ruido, musicalidad (instrumentos), color, y elementos sorpresa (peluches, animales), considerados por

muchos ajenos a la tradición del duelo, pero cada vez más comunes en nuestras prácticas fúnebres.

Los elementos y motivos iconográficos funerarios son más que simples elementos misceláneos usados al azar. Corresponden, por su contexto, a una tradición simbólica de origen occidental remoto. Estos están cuidadosamente seleccionados y permiten una lectura de la tumba como conjunto escultórico. La *numerología* (el cuatro, el ocho), las *formas geométricas* (el triángulo, el círculo y el cuadrado), los pocos *elementos zoológicos* (libélula y la mariposa), el *exorno floral* (el girasol, la hiedra, el acanto, la rosa, la palma, la flor de Ipomea, entre otros), los *motivos representativos* de la antorcha, la vasija, el lazo, la vanita, la clepsidra entre muchos otros analizados; e incluso los añadidos y de tendencia *kitsch* como las fotos, los juguetes y recuerdos personales, ofrecen un catálogo iconográfico que amerita del observador una apreciación del "arte funerario" y su significación. Las pocas veces que se muestra el motivo de la calavera, el esqueleto o la *vanita* (Ponce) es una muestra de la tradición de una actitud y axiología del enmascaramiento y disimulo ante la muerte en el cementerio, las prácticas de duelo y la representación plástica del tema. En Puerto Rico, para manifestar la muerte, dominará la metáfora, lo sincrético; el motivo material representativo de lo emocional y significativo para el finado, pero no para el canon de la tradición.

Detalle exterior panteón Familia Franceschi y Gregori, 1875, Cementerio San Vicente de Paúl, Ponce, Puerto Rico.

Al igual que en las tumbas de nuestros cementerios decimonónicos, la iconografía de la mayoría de las pinturas puertorriqueñas analizadas (desde XIX a inicio XXI), representan la experiencia de la muerte o lo funerario como una vivencia colectiva. La muerte es una práctica de más de uno, en que al muerto se le acompaña, se le recuerda o se celebra su experiencia colectivamente. La muerte es rito, proceso y espacio de encuentro con los otros: vivos y muertos (recordemos *Este y el otro mundo* y *Transmigración de ánimas* de Hernández Cruz o *Baquiné de Eros* de Elizam Escobar). Muchas veces, la muerte aparecerá disfrazada, subyacente e implícita en el festejo, el convite, el carnaval, la música, la niñez. Será muchas veces innombrable, reemplazada por otro elemento como una muralla, una foto (*La muralla del cementerio* de Rafael Tufiño o *La muerte de Inés* de Francisco Rodón) o negada por el festejo o la desaparición del cadáver en el espacio de la representación, como en la pintura *El baquiné* de Andrés Bueso. Incluso los *motivos religiosos* como la cruz, la vela, el rosario, elementos tradicionales en esta experiencia final, se representan discretos o disimulados en ese empeño de vida desplegado en el festejo, el conglomerado de gente, la procesión, o en la desnudez del cuerpo mismo que se marcha (*El velorio* de Francisco Oller, *El entierrito* de Antonio Maldonado, *Ascención* de Susana Herrero, *Entierro arqueológico* de Hernández Cruz, *Entierro de Papo Perla* de Osiris Delgado).

La pintura analizada muestra a la muerte desde una visión sincrética: entre la actitud profana y la religiosa, como un fenómeno terrenal y extraterreno, y siempre como una experiencia de la que se es testigo, pero otras veces desde una tendencia anárquica aferrada a nuevos códigos simbólicos y prácticas sociales. Incluso su cara más aterradora (la calavera, el esqueleto, los huesos) será metáfora, oportunidad simbólica, texto-doctrinal de carácter político para ser leído (*Pordiosero de la muerte* de Roberto Alberti, *La madre patria* de Carlos Raquel Rivera). Una invitación al otro, al colectivo, a leer, a descubrir en esta experiencia, la muerte propia, la de otros, la del País, la de la identidad, la de la democracia, la de las costumbres, entre otras connotaciones metafóricas.

En definitiva, las tumbas y las piezas pictóricas analizadas en este trabajo exponen la experiencia de la muerte como una oportunidad para el/la difunta de trascendencia social en el espacio terrenal, a través de los motivos y signos iconográficos individualizadores de índole profano. Los muertos entrarán en comunión con los otros seres extraterrenales, ayudados de la mano de los vivos que guardan homenaje, velan, festejan, acompañan, sostienen y entregan el cadáver al trasmundo, porque la muerte pasa y queda la vida: aunque nos sepamos vulnerables y en tránsito.

Bibliografía (seleccionada por razones de espacio)

Álvarez Cervela, José María. "El arte funerario en los cementerios de Ponce, Puerto Rico". *Atenea.* Junio, 1981.

---"El arte funerario en los cementerios de la isla de Puerto Rico". *Arte Funerario: Coloquio Internacional de Historia del Arte*. Vol I, México, UNAM, 1987.

Álvarez Curbelo, Sylvia. "Puerto Rico en las últimas décadas del siglo XX". *Puerto Rico: Arte e identidad.* San Juan: Fundación Francisco Carvajal, 1999.

Álvarez Simó, Natalia. "La imagen de la muerte en la modernidad". *Milenio: Miedo y religión.* Canarias: Universidad de La Laguna, 2000. http://www.ull.es/congresos/conmrel/alvarezl.html

Álvarez, Maritza. *Jardines de luz: Cementerios dominicanos.* Santo Domingo: Editora Cole, 1999.

Anta Félez, José Luis. "Introducción, La Muerte y las prácticas Mortuorias". *Religión y cultura.* Vol.II, Andalucía: Consejería de Cultura y Fundación Machado, 1999.

Ariès, Philippe. *Morir en occidente*. España: Adriana Hidalgo Editora S.A., 2000.

---, *El hombre ante la muerte*. España: Taurus, 1999.

Aruca, Lohania. "The Cristobal Colón Cementery in Havana". *The Journal of Decorative and Propaganda Arts: "Cuba Theme Issue"*. United States: The Wolfsom Foundation of Decorative and Propaganda Arts, 1996.